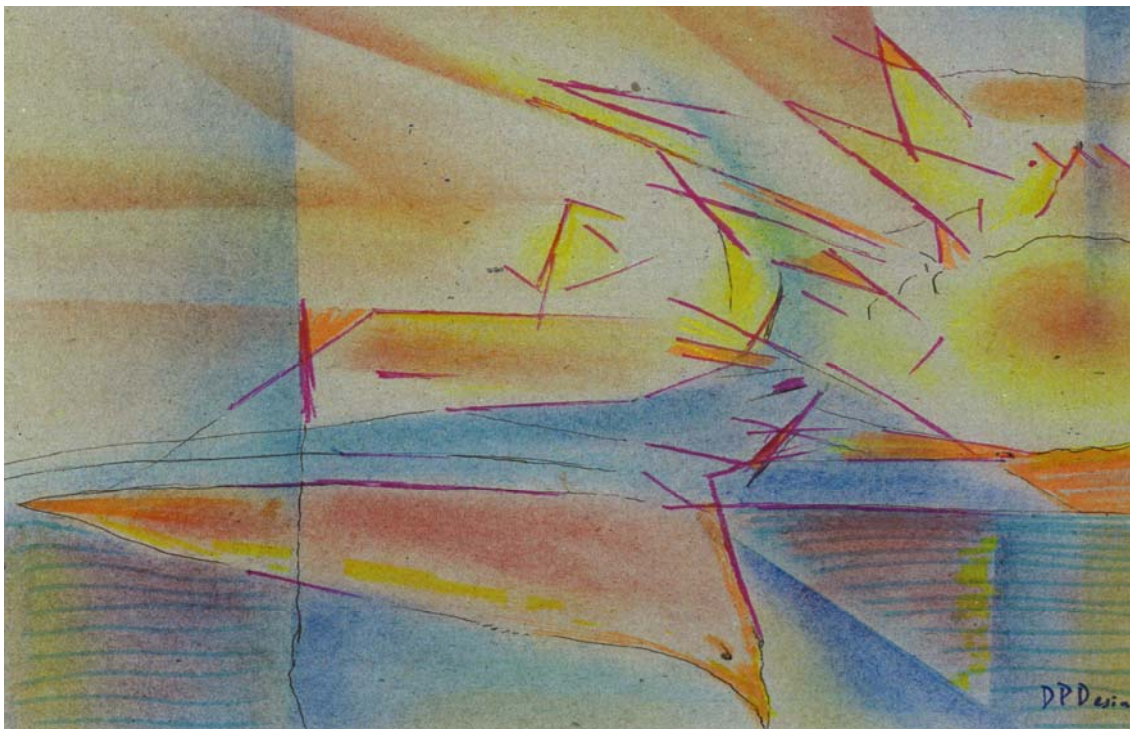




Revista RecreArte 12 > 8 - Creatividad y creadores: Creaciones originales



David de Prado Díez 2010

Yemayá Olocum (Capítulo I) La luna no estaba tan lejos

X: RdíazCabrera

A las siete de la tarde era de noche en La Habana. A esa hora la gente vivía con la incertidumbre puesta, terminar las tareas que todavía faltaban era organizarse. Debían apurarse; cuanto más rápido se afanaran en el aseo, todo el mundo rebasaría en su tiempo, la meta; antes que las tinieblas condenaran al ojo a su dieta y a toda la ciudad, o gran parte de ella, a tranquilizarse.

Tanta impopularidad conectada al límite de lo que parecía justo, los sometían al ayuno; antes que cortaran el agua para terminar de bañarse sin un disimulo de jabonada; no obstante, Fermín Aurelio vio, pensó, recostado sobre el muro, llenándose de salpicaduras, el salitre flotando en el aire; entonces descubrió la curva del horizonte. Recordó como el mundo entero daba vueltas más allá de la recta inalcanzable, desde arriba del arrecife, hacia abajo del muro, mojándose su viejo reloj suizo.

¿Qué podría inventariarse después de una mojada irreversible?

Quedaría bien con la historia si el momento de argumentar las penas estuviese pautado para la condena; pero, nadar, zambullirse, hundirse como si fuere a salir al otro lado del deslinde, bastaba, el despiste lo haría tocar el fondo, para no volver a verla ni mirarla, otra vez ajena.

Juró perpetuarla al sonreírle, recordarla en cada detalle de su rostro, de sus curvas, de aquel olor a almizcle que lo propasaba, era una condena sublime; pero estaba enferma y lo esperaba vestidita con la bata que le cosió su abuela paterna como regalo de boda; aunque, con ella disfrutaba al desvestirla por el complejo sistema de los amarres y las botonaduras.

Cada minuto se hizo una hora y las botellas chocaron como todos en la calle, con las olas. Le pareció un quinquenio la deshora y se envolvió en el horizonte, tratando de inventariarlo todo desde el principio. Sin embargo, se alzó con la esperanza de sus latidos, apurándose, para ir a abrazarla en su memoria. Su corazón solitario se abrió como la mano en el descanso, comprometido fue llenarles las botellas del conjuro, de lo que quedaba, de su suegra, relacionando la apariencia de una emoción elemental, con la razón conocida, que por una se empezaba el mundo, para llegar al final de mes sonriente; porque, sí funcionaba la idea, docenas de botellas como aquellas serían vendidas para finalizar la semana, dándole gracias a Yemayá Olocum.

Él lo sabía, el contingente sosegado vendría a, por más. Desviado del argumento del esfuerzo decisivo no dejó de girar en su baile final, no perdería el sueño por el entorno ni mucho menos, el pasillo; después de todo era el impulso de continuar buscándola en otros rostros.

Valía su intento, pero, las cosas no estaban para caramelo, si las hormigas le pasaron por encima a aquella cosa que brillaba como un dulce y era el señuelo para que la gente se lo chupara, imaginándose el sabor guardado en la

memoria, nunca resultó en invento, ensuciándolo todo como una melcocha pero sin su sabor a caramelo.

La subsistencia compartida por la figura de un beso, instrumentó los sucesos del ataque, para la redención. El líder absorbido por su historia levantó a la subcultura más temprano, dirigida por el Ministerio del Interior y el Ministro de cultura. No les quedaba otro remedio que reglamentar el fracaso contra el hombre que se comería al lobo.

Postreros, sincretizaron la alternativa de sus argumentos. La nacionalización y la nacionalidad jugaron roles alternos de rompimientos, que a decir verdad, no eran justos ni necesarios como sus castigos; pero, a alguien se debía escarmentar; porque, hartarse de los procedimientos a la meta nunca le faltó quien propusiera, como si todos fueran instrumentos para alcanzarla.

La justificación planificada reclamaba de aquellos pobres, otroras obreros, el desempeño; mientras vigilaban, el requerimiento de alcanzar un grado en su adoctrinamiento, la impugnación, el lineamiento; pero, con el aislamiento, considerado por la boca "el embargo", asimilaron la locura del muro, la consciencia del acto y el racionamiento en la propia salpicadura.

De cualquier manera vivir en la ciudad siempre fue muy simple. Entonces, se dio media vuelta, acosado por los vecinos y con mucha tranquilidad allí mismo le cogieron veinte puntos en la frente.

Según los medios de producción razonados, en la balanza de pago, el déficit comercial era el sabotaje de los mal pagados. Comprometida la adhesión, quedaba la meta por debajo del trabajo voluntario, con sus escaramusas y cansancios, una clara eventualidad se orientaba de la militancia a la presunción. La oportuna necesidad de ver otro modo de ser, más claro, con las normas inquietantes de compromiso, comparaba la mentalidad cronometrada de una imaginación fotográfica; por aquellos recuerdos transmitidos a la sociedad bitupereada, regresaron a visitarlos sin la vergüenza de los arbitrios y sus sitios, ocupados por un mundo rescatado, donde había vivido la aspereza, el descontento, la tramoya y la caridad, que sin embargo ahora complementaban en una planificación solapada al trasladar a los desafectos a otra ciudad cercana, dentro del mismo monstruo, para que mantuvieran economicamente hablando a sus ancestros, mientras se volvían esclavos de esto y de lo otro.

La austeridad proveía a todos una manera obligada de cargar las cuentas; siempre los rumores crearon comentarios, lo mismo que el chisme intrumentalizó a la ciencia sociales, para medir tres cuartos de comentarios, no sé sabe de qué cosa afanada; aunque, a la larga, todas aquellas personas se preocuparon de la línea divisoria que rodeaba al mar en sus rumbos fijos de la Ciudad de La Habana y de Miami. Pensar en sí, era sentir en voz alta lo que había en lo lejos y hablar, una cuestión de alzar la mano y sin afecto.

Alguna condición del corazón, tan lleno de taquicardias, se vigorizaba como en la foto del maestro. Fuerte como el puño, abierto en una mano, la respiración sumergía la pasión que no cubría las necesidades básicas; pero, sí complacía esta otra

actividad, discreta, reñida, a veces condenada por el ojo del que nadie decía algo en la superioridad de lo inconcreto, detrás de la puerta.

Aquél ojo exclusivizada su propio egoísmo, con los latidos intensos, la sombra de lo que era su propia alegoría, reagrupaba la moral, lo que exigía, si estar afuera de su corriente no sería igual que soñar, con tantas toneladas de agua, para no saber nadar; porque, soñar -caballero- no costaba nada; sólo, un poco de optimismo, para alcanzar la paz duradera, como la economía de algo al llenar unas cuantas botellas usadas de todo ese mar que no se podía cruzar aunque lo nadaras.

El deber recompensó el estar, cuando tratararon de intentarlo. Para su asombro, las cartas que leyeron de aquel lugar los llenaba de magia con esas imágenes cargadas de capitalismo y que alguien comparó con luciernagas en la noche, le causaría una sorpresa, como las cartas que les dejaba Eugenia a Pilar para que soñaran en familia y se las devolviera. Eran correspondencias entregadas tardías; no obstante, él las releía, para no dejar de soñar, recogiénolas de la despensa donde su futura suegra las volvía a dejar, para que las relejera al final del día, y ostentara lo mínimo que disfrutaba la apariencia de una soledad vicaria en la venta del agua salada, o del Mar que era lo mismo la bendición de Yemayá.

De alguna manera la soberanía quedó cuadriculada, a la deriva de un sol blanco, lleno de sortilegios cada creencia que se movió en su sendero, pero en secreto, tratando de alcanzar el final de un camino incierto, era un barquito de papel que se undía en un Ministerio.

Sentirse vivo era lo que reclamaba abrir el palmo de consideraciones en medio de un océano de atavismos. Por la causa que lo acompañaba, quedaba la propia doctrina en su conveniencia espacial. Con la idea de lo oculto, por lo hereditario, lo elemental flotaba como la botella escapada de su mano. Tratandola de alcanzar hallaba otra suerte en la corriente de su argumento justificado, los tercios lograban llegar. En efecto, siempre no regresaría aquél a la cueva con la caza en la mano, para compartirla con todos, al unísono, no importa si era un justo o un vago.

Conociendo donde estaba la cabeza, aprovechada la coyuntura de los pies, corrieron a la lucha de los contrarios, por sus mismas experiencias. Su trasfondo lejano se interrumpía por la postal que volaba toda la avenida hasta el día en que alguien se le ocurrió enmarcar; arbitrariamente, demorada, para que, asumiera sus iniquidades y sus lujos en el carácter epistolar de la doctrina enmarcada, para la fiesta justiciera, de un Cristo anonadado, maltratado por un padre que lo abandonaba, para siempre; aunque, ninguno de ellos así quisiera, celebrarían en enero, en mayo y en julio, para que desap[areciera diciembre.

Parecía bueno y conveniente, café para uno y aché, para los demás. Sí bien, ese "para siempre" era la cola, sería más larga que el compromiso mismo, alcanzado por su derecho a perseverar con los pies en la tierra, Gritaron: -¡Abajo el Imperialismo!, ¡Abajo el bloqueo!. -El último reducto de la vanguardia fue cuando empezaron a crecer los hijos y el jornal no alcanzaba para el optimismo.

¿Quién llegaría primero?

Mérito protector del suministro, exclusiva, la fortuna, repartida la pobreza, los panes ya no harían falta sobre el mantel ni la mesa, combinación de ambas, para la unción de la tajada, si frente a la luna, estaba; porque, -soñar, caballero, era un negocio del diversionismo. -Había dicho un cuadro del Partido para que la gente no soñara.

Las cosas, sencillamente, dejaron de ser hermosas para Fermín Aurelio con su sabor a cola cuajaba en el aliento, cuando Catalina, su cuñada, en su congoja de amor, lo persiguió con saña, para robarle un beso. Pretexto si al encontrar el favor de su cuñado, le remordiera cada labio, como su hermana narraba -burlándose, al parecer- sin dejar de salivar un vínculo de coito; entretanto, la llevaba al platonismo de hacerla mujer.

Inseparable varillaje que enjaulaba a sus piernitas. Con su esfuerzo tangencial, desequilibraba el caminar, dejando un rastro de tropel y un sonido altruista.

Los obreros la escucharon acercarse. Se detuvieron en la maniobrabilidad que la muchacha debía hacer para concentrarse en el movimiento siguiente de cada pie en su lucha de piernas. La construcción se detuvo en los andamios al extender la lona aludiendo el esfuerzo de los héroes del trabajo, con sus miradas desde lo alto, la vieron caer. Avanzaba conspicua contra el viento, -narró posteriormente un varillero, -en su avidez voraz, hacia su cuñado. Quería aquel beso que nunca le habían dado. Viva o muerta, no creía en la providencia. No obstante, antes de encorvarse exhibió el movimiento de cruzar la Vía Blanca congestionada de tránsito, a la vez que el mozuelo, volvió la espalda, alejándose del borde del contén. Dejarla afuera de todos los atisbos, que no

la viesen con él. Enredados, rayano el ómnibus, la sujetó por el cuello, evitando se lanzara contra el monstruo que se la comía. Aquella masa secular desparramada sobre todo cuanto estuvo a su alcance, hizo que el hombre recordara con amalgura a su prometida, quedándose con la cuellera entre sus manos y un por qué de vergüenza compartida, con la botella que se alejaba flotando, sin poderla alcanzar. ¿Cómo justificaría lo sucedido? Sin saber responder a otra realidad que no fuera obvio el enredo de sus sentidos y, esta incapacidad, igualada, al comparar su propio ayer y lo que ahora sucedía. -No tiene sentido de ser. -Pensó.

Desde entonces la calle se llenaría de flores los días 28 de cada octubre, descubriendo que el frente oficial otra ausencia, para la chabacanerías achacadas por el vulgo a la doctrina en contra del imperialismo.

-¿El Imperialismo? -Preguntó Isidro Nmanduka antes de asumir el cargo de Juez del Poder Popular y hacerle un interrogatorio íntimo, frente a los detractores familiares y el pueblo, que en su propio juicio le secunda como horda.

Tomasa Nungo Montedeoca le indicó, gritando, al de la tabaquería, que fue una guagua americana, por perdurable y por la lógica, compañeros, debemos inspirarnos en el duelo a nuestros héroes y mártires del Moncada... -Dijo la santera revolucionaria.

La muerte de Catalina tenía un culpable, el imperialismo yanqui y el lacayo gusano que manejaba el autobús. -Dijo la caribeña con alma bantú, en el juicio popular y todos los cederistas vestidos de blanco, los que la apoyaban, admitieron con un sí de cabeza, silencioso, desde lejos, la

proposición de la alabanza; mientras, en la misma dirección, tres batás ensayaban el re-encuentro con Changó o lo que era lo mismo, Santa Bárbara; aunque, nunca serían del Partido, se alejaba en el olvido aquel beso lleno de ansias por el mar.

A Fermín Aurelio todos sus vecinos lo vieron ponderado. Lo miraron suspendido, de soslayo, sin achacarle culpa del cotejo. El mundo sintió con él la pena que le causaba el dolor en el gran simpático, afectándole el sentido de orientación y aumentándole el ombligo antes que el paso. Por lo que empezó a salir a la calle con el rostro gacho, la mirada alerta, no por el criterio de culpa, si no por la hernia umbilical se le notaba de perfil. Tal vez, lo veían venir como a un héroe y eso no les encajaba bien al "ceder" ni a los del Partido del distrito; tanto más, cuanto pensaban que su abuelo era un gusano. No obstante, no se levantarían cargos al muchacho porque apenas era un niño; en cualquier minuto, en algunos años, lo reclutarían para el servicio militar o el equivalente, en el Ejército Juvenil del Trabajo.

Fue una acusación a los cuatro vientos. Rumores, etéreos, de unos cuantos. Solapada murmuración de los alisios, secándoles los resabios que colgaron en las ventanas, convirtiéndose en trapos.

Si bien, recapituló sobre los hechos, nunca se movió de la acera. No esperaba verla. Reapareció en su reflejo en el cristal de la General Motor, sujetándola por la prenda que mantenía su cabeza erguida para evitar lo sucedido.

Descubiertos los pechos, flotaron en el aire como flechas. Revelando año después que más bonitos eran los de Aleida y su prometida Eugenia.

-Amor por el prójimo, compañero y compañeras... -Le atribuyeron, si él, lo que sentía por ella era una lástima dura. De todas maneras no se separaron hasta el día en que a Eugenia le tramitaron la beca deportiva en una ciudad lejana si ganaba aquel torneo de tenis de mesa. Corriendo detrás de ella caería en un bache de la rodada; al mismo tiempo, se decían adiós.

Volvió recordar a Catalina desparramarse toda. La gente quiso entenderlo. Lo obligaron de algún modo, mil veces, a recitarlo como si fuese un cantar de juglaría. Los hechos de por sí hablaron solos.

Cuando el negrito estiró su brazo, le rompió el ensimismamiento, alcanzándole la botella llena de mar.

Como artista guardó cada imagen de su memoria en una página de papel de envoltura, estirado por su libro History of Art y con los años se convirtieron en "cartoons", por su sentido preciso, por sus objeciones, por la conveniencia de su intelecto en la desfachatez de lo onírico, de lo desequilibrado, de la fatalidad de lo ideal.

Elaborada la historia de la pobre Catalina, la familia Urrutia creyó que sería una forma de recordarla. Si bien, un brazo apareció en el mostrador del bar. Frente a la bodega, una pierna atornillada a un frenillo de cuero; totalmente, desalambrada, ocupando la entrada lateral, tres dedos. La otra pierna enrejada se quedaría atascada en el guardalodos

de un Oldsmóvil sin frenos que se incrustó en lo que fue el bar de Campito. En una canasta y adentro de una fruta bomba de exhibición, hallaron una orejita. Toda la sangre se coaguló en la entrada de la tintorería. Como una cruz imaginada, la calle deshecha, sería asfaltada con los años, salvada de las reminiscencias, reinscribiendo el nombre de la escolar en una de las avenidas que la cruzaban.

-¿Fue una mala intención que trataran de culparlo? La tragedia de la subcultura. -Oyó decirle a su abuelo, en una taberna de tragos a un amigo lejano, del ruedo.

Mil veces se preguntó, -con la edad que tenía en aquellos años- sí la ira se le acumuló a doña Tomaza, por el sincretismo de los santos que no le funcionaban, o el favor que a la larga le hizo el marido, fugándose con su prima hermana, mal acostumbrada en la fe, le habían robado la fortuna, los pedacitos de coco y las barajas.

Sentado en el barandal miraba el camino de aquellos tiempos, esperaba una brisa fresca que lo golpeará de nuevo, antes que construyeran el hotel. Pero la brisa llegaba obstruida por el rellano; mientras su abuela lo acariciaba, consolándolo y se desdibujaba en el mismo plano:

-Era una venganza. -Dijo en voz alta a la vergüenza que pasaba en espiral.

-Si el muchacho la hubiese empujado, doña Tomaza, se habría notado. -Recuerda que lo indicó el jefe de la seguridad pública, encargado de la investigación del caso. Además,

aquel día los doctores la desahuciaron, haciéndola leña. Entretanto, su madre lloraba espantada, conocía el final último que la esperaba, atrapando su rostro para mirarla entre los dedos, sin que la pobre Catalina la advirtiera; pero, el sollozo la desnivelaba. No obstante, la muchacha sospechaba desde siempre que no llegaría muy lejos ni en distancia ni en el tiempo. La disgustaba que hablaran de ella en forma impersonal, como si no pensara; si no, también, que no la dejaban ni escuchar. Quiso saber mil veces qué decían del santo.

Cuando le compraron el guayo recetado, para el callo del contrafuerte, no dejaba de andar, porque no le dolía, estaba acostumbrada al relleno con el que caminaba más rápido.

Había nacido primero de enero bajo un aguacero muy particular, todo mundo oyó tronar y de pronto el barrio entero comenzó a destruirse solo.

Murió sin optimismo, en la parada de la Ruta once, frente al solar. El día nublado y lleno de moscas verdes. Eran como las siete de la noche; según el zodiaco, cargaba un signo biplánico, escurridizo, bipolar.

En el ataúd lucía bella, diferente, engalanada; tal vez, por el sobresalto del último maquillaje dado con el grafito en el papel y una sonrisa de pluma Fuente.

Eugenia le entregó una rabia extrema, antes que se fuera a su final último. "Eres una pobre "inválida, desvalida, útil para nada. Jamás te moverás en la cama como yo. Sabe que jamás te besaré ni aunque le pagues. Jamás te besaré ni por lástima" y se abrazó a él como si fuese de él la pérdida.

Fermín Aurelio dibujó una obra de arte; nadie lo negaría, no se pudo evitar. El funeral, los planos, la asistencia, las hermanas, una difunta en segundo plano que parecía primero, la otra besando al novio, la calle, la pasmosa secularidad de un porvenir distante, en el medio o que ya estaba militando entre la caja y los nervios.

La vecindad nunca vio unos dibujos tan bellos e ilustrativos, publicados en las revistas "Internacional" y "Verde como el Olivo", consolidándose su idea del arte y de ser, desde entonces, un artista creativo.



I.A.C.A.T.
Instituto Avanzado de
Creatividad Aplicada Total

Revista Recrearte:

- ✓ *Director David de Prado Díez*
- ✓ *Consejo de Redacción*
- ✓ *Consejo científico*

Frey Rosendo Salvado nº 13, 7º B 15701
Santiago de Compostela. España.
Tel. 981599868 - E-mail: info@iacat.com

www.iacat.com / www.micat.net / www.creatividadcursos.com

www.revistarecreate.net

© Creación Integral e Innovación, S.L. (B70123864)

En el espíritu de Internet y de la Creatividad, la Revista Recrearte no prohíbe, sino que te invita a participar, innovar, transformar, recrear, y difundir los contenidos de la misma, citando SIEMPRE las fuentes del autor y del medio.